



Vidriera de Santa Perpetua de Cartago (iglesia de Nuestra Señora de Vierzon (Francia, s. XIX). A su lado, sus compañeros mártires Felicidad y Saturno

estaba permitido que las mujeres embarazadas sufrieran la pena capital. Sus compañeros de martirio se entristecían mucho de dejar sola a tan buena amiga y compañera en el camino de su común esperanza. Y así, rezaron de un modo unido y solidario, tres días antes del espectáculo. Inmediatamente después de la oración, le comenzaron los dolores del parto. Y mientras se quejaba, como es natural, por la incomodidad, le dijo uno de los oficiales de la cárcel: “Tú que te quejas ahora ¿qué harás cuando te enfrentes a las fieras que despreciaste cuando no quisiste sacrificar?”. Ella respondió: “Ahora sufro yo lo que me toca sufrir; después será otro el que sufrirá en mí, porque yo sufriré por él”. Poco después dio a luz una niña, que más tarde educó como hija suya una hermana en la fe. Felicidad, contenta de haber dado a luz para poder luchar contra las bestias, yendo de una sangre a otra sangre, de la comadrona al reciarío, se disponía a recibir las aguas del segundo bautismo.

Mientras llevaban a los prisioneros a la puerta del anfiteatro, les obligaron a vestirse con el atuendo de los sacerdotes de Saturno, los hombres; y de las consagradas a Ceres, las mujeres; pero Fe-

licidad, generosa hasta el final, rechazó esta humillación con constancia, y decía: “Hemos venido por propia iniciativa precisamente para no perder la libertad, y por eso nos hemos asociado, para no hacer una cosa de este tipo: lo hemos pactado con vosotros”. En efecto, los gladiadores podían consagrar su vida al servicio gladiatorio jurando ante el tribuno de la plebe que estaban dispuestos a afrontar todo tipo de tormentos.

Esto constituía un contrato que hacía de ellos *addicti*, manteniendo algunas prerrogativas del hombre libre, aunque se asimilaban a los esclavos. Los mártires declaran haberse presentado voluntariamente al martirio y mediante un pacto con la autoridad, no como condenados, y por eso tienen un derecho, que ahora reclaman, de no vestir de esa manera. El tribuno se vio obligado a reconocerles este privilegio. Y accedió el tribuno a que los llevaran así como estaban, sencillamente vestidos. A pesar de que era contrario a la costumbre, se preparó para las muchachas una vaca ferocísima, sólo por darles una fiera de su mismo sexo, y las sacaron desnudas y envueltas en una red. El pueblo se horrorizó viendo que Perpetua era una delica-

da joven y que Felicidad acababa de dar a luz, pues las mamas goteaban leche.

Quizá arrepentidos de esta cruel medida, las autoridades las hicieron llamar y las vistieron con amplias túnicas. Perpetua fue embestida por la vaca y cayó de un lado. Cuando logró sentarse, se colocó la túnica, que se había desgarrado, para cubrir la pierna, acordándose más del pudor que del dolor. Pidió una horquilla y se sujetó los cabellos, pues no era conveniente a una mártir morir despeinada, no pareciera que se lamentaba en su gloria. Se levantó entonces y, al ver a Felicidad tirada, se acercó y le tendió una mano para levantarla. Ambas se pusieron en pie a la vez. Vencida así la crueldad del pueblo, fueron llamadas a la puerta Sanavivaria, puerta del anfiteatro por la que salían los que habían escapado a la muerte. Perpetua, como si se despertara de un sueño (estaba en éxtasis) comenzó a mirar alrededor y ante el asombro de todos, dijo: “¿Cuándo nos llevan ante esa vaca o lo que sea?”. Y cuando oyó decir que ya las había acometido, no lo creyó sino cuando vio algunas señales de violencia en su propio cuerpo y en el vestido. Después ordenó a su hermano y al catecúmeno que se aproximaran, diciéndoles: “Permaneced en la fe y amaos unos a otros; y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos”.

Felicidad y Perpetua murieron rematadas a espada. Un reciarío, la categoría más baja de gladiadores, el encargado de dar el golpe de gracia. Además de la red (de donde viene su nombre) los reciaríos llevaban en dotación una esponja que servía para recoger la sangre de los ejecutados, que el reciarío podía vender por su fama de poder mágico. Además, el reciarío era sólo un aprendiz y erró el primer golpe, de modo que Perpetua misma, con gran entereza, tuvo que dirigir la espada a su propia garganta. ■

Jerónimo Leal

Profesor de Historia de la Iglesia (Roma)